



© Del presente texto: Colectivo **Latitud Cero**

N. Caballero
M. Pérez
M. N. Castiblanco
C. M. López
S. Romero
C. M. Díaz

© Colección, ilustración y diagramación: Chibalete Editores

Adriana Serrano.

Dirección del Programa Integral de Lectura y Gestión del Conocimiento.

Nicolás Jiménez Ariza.

Dirección de colección.

© Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción parcial o total de este libro, su recopilación en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o medida, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro, o bien por otros medios, sin el previo consentimiento por escrito de la editorial. Los contenidos de este libro han sido intervenidos parcialmente con herramientas de IA bajo supervisión humana

ISBN-E: 978-628-97082-2-6

© Todos los derechos reservados.

www.chibaleteeditores.com

PLATÓN, POSVERDAD Y *FAKE NEWS*

Pa' que me entienda

Colectivo **Latitud Cero**

Contenido

Presentación	7
La Alegoría de la caverna	11
Platón, posverdad y <i>fake news</i>	23
Glosario narrativo	95
Diálogos imposibles	107

Presentación

Imagínate que todo lo que ves, todo lo que sabes, todo lo que crees... fuera una sombra. Una imagen proyectada. Una versión parcial de algo que no estás viendo por completo.

Ahora imagina que un día alguien te dice que eso que tú creías que era el mundo, en realidad no es el mundo. Que hay más. Mucho más. Pero para verlo, vas a tener que moverte, pensar, incomodarte. ¿Te animarías?

Eso es exactamente lo que propone Platón con su famosa Alegoría de la caverna. Un texto escrito hace más de dos mil años y que, increíblemente, sigue siendo una brújula para el mundo de hoy.

Vivimos en una época extraña. Nunca habíamos tenido tanta información al alcance de un clic. Nunca habíamos podido hablar, opinar, compartir tanto como ahora. Pero al mismo tiempo, nunca fue tan difícil saber qué es cierto y qué no. Entre noticias falsas, teorías raras, discursos que gritan y redes que te muestran solo lo que ya piensas, pareciera que estamos más desorientados que nunca.

¿Y si estuviéramos atrapados en una caverna digital?

¿Y si muchas de las cosas que creemos verdaderas fueran solo sombras proyectadas por una pantalla?

¿Y si el ruido, la rapidez y los algoritmos nos estuvieran impidiendo pensar?

Este libro no viene a darte respuestas definitivas. No viene a decirte cómo vivir, qué creer, ni a señalar con el dedo a los “equivocados”.

Lo que sí quiere es ayudarte a hacer mejores preguntas.

A mirar el mundo —y mirarte a ti mismo— con más profundidad.

A pensar como una forma de libertad.

Con Platón como punto de partida, y con los pies puestos en este siglo lleno de filtros, mensajes en cadena y opiniones virales, vamos a recorrer temas como la verdad, la opinión, la posverdad, las fake news, los algoritmos, el pensamiento crítico, la libertad y el diálogo.

Pero no desde el aula aburrida ni desde la torre de marfil. Desde el lugar en el que estás tú. Desde tu pantalla, tus preguntas, tus conversaciones, tus ganas de entender un poco más.

Aquí encontrarás una traducción viva de la alegoría, un ensayo en doce pasos que va desde la sombra hasta la luz, un glosario para no perderse entre palabrejas, y hasta un diálogo imposible entre Sócrates y una influencer atrapada por el algoritmo. Porque sí, la filosofía puede ser

divertida, incómoda, profunda y útil. Y, sobre todo, puede ayudarte a encender una linterna en medio del ruido. Este libro no busca convencerte. Busca algo más valioso: que te atrevas a pensar.

La Alegoría de la caverna. Una invitación a leerla como si fuera la primera vez

Podríamos haber empezado por cualquier parte: por los memes, por las fake news, por los algoritmos que te recomiendan hasta cómo deberías sentirte hoy. Pero no. Elegimos empezar por una caverna. Oscura, extraña, filosófica. Y milenaria.

¿Por qué? Porque hace más de dos mil años, un señor con barba llamado Platón escribió un texto que sigue pareciendo un espejo de lo que estamos viviendo ahora. En su República, Platón inventó una imagen —una alegoría— que no solo sirve para pensar sobre el conocimiento y la verdad, sino también sobre la política, la educación, la libertad y los peligros de vivir en piloto automático.

Y sí, sabemos lo que estás pensando:

“¿Platón? ¿En serio? ¿No es ese el señor del que nos hablaron en clase y que nadie entendió?”

Sí, ese mismo. Pero la cosa es que Platón no quería que lo entendieras como si estuviera dando una clase aburrida. Quería que te imaginaras algo. Que sintieras algo. Que te hicieras preguntas. Por eso escribió esta alegoría: como una historia. Una especie de cuento filosófico.

En esta historia, hay unas personas que han estado toda su vida encerradas en una cueva. Desde que nacieron. Están encadenadas, y solo pueden mirar una pared. Detrás de ellas hay un fuego. Y entre el fuego y ellas, hay un muro por donde pasan otras personas cargando objetos. Lo único que los prisioneros ven son las sombras que esos objetos proyectan sobre la pared. Y, como no han visto otra cosa en su vida, creen que esas sombras son la realidad.

Un día, uno de esos prisioneros es liberado. Al principio, no quiere salir. Le duele la luz. Le cuesta entender lo que ve. Pero, poco a poco, empieza a mirar el mundo real. Primero las sombras, luego los objetos, luego el fuego, y finalmente... el sol.

Y entonces, lo entiende todo. O al menos, mucho más de lo que creía.

Pero ahí no termina la historia. Porque ese prisionero decide volver a la caverna. A contarles a los otros lo que vio. Y lo reciben con burla. Con miedo. Con violencia. Porque los demás prefieren seguir creyendo que las sombras son la única verdad.

Así contado, suena a película de ciencia ficción, ¿no? Pero es mucho más que eso. Es una metáfora sobre nosotros. Sobre ti. Sobre mí. Sobre todos.

La caverna no es solo un lugar. Es una forma de vivir sin pensar.

Es lo que pasa cuando aceptamos todo lo que nos dicen sin hacernos preguntas. Cuando solo vemos lo que ya nos gusta ver. Cuando confundimos los reflejos con las cosas reales. Cuando preferimos lo cómodo a lo verdadero.

En estos tiempos, las cavernas tienen forma de pantallas. De cadenas de WhatsApp. De timelines infinitos que te muestran más de lo mismo. De influencers que opinan sobre todo sin haber pensado casi nada. De noticias que apelan a tus emociones para evitar que razones. De voces que gritan para que no escuches.

Y aquí es donde entra Platón. Porque su alegoría no es una reliquia vieja. Es una linterna. Una que, si la prendes, te permite ver mejor todo eso que te rodea. Y, sobre todo, ver cómo piensas tú.

Por eso decidimos empezar este libro con una versión adaptada de la alegoría. Porque creemos que merece ser leída como lo que es: una historia viva, poderosa, que todavía tiene mucho que decir. La hemos traducido con cuidado, pero también con libertad. Queríamos que se entendiera. Que no sonara a museo, sino a conversación. Que no diera miedo, sino curiosidad.

Antes de que la leas, te damos una recomendación: no busques entender todo de golpe. No

corras. No la leas como si fuera una tarea del colegio. Léela como si alguien —Platón, Sócrates, tu yo del futuro— te estuviera contando un secreto. Uno que no viene con una sola respuesta, pero sí con muchas preguntas buenas.

Preguntas como: ¿Qué sombras estoy viendo hoy y llamando “verdad”? ¿Qué cosas no he querido mirar porque me incomodan? ¿Cómo se construyen las ideas que tengo sobre el mundo? ¿Quién me enseñó a pensar como pienso? ¿Qué pasaría si salgo —aunque sea un poquito— de mi propia caverna?

Platón no escribió esta alegoría para darte un mapa. La escribió para darte una grieta por donde mirar el mundo con otros ojos. Para decirte que pensar es una forma de libertad, pero que no es cómoda, ni rápida, ni automática. Es un camino. A veces oscuro. A veces solitario. A veces incómodo. Pero siempre transformador.

Y ahora, con todo esto dicho, te invitamos a que entres —o salgas— de la caverna con nosotros.

Luz en mano. Pregunta en mente. Y ojos bien abiertos.

La alegoría de la caverna. Extracto del Libro VII de la República de Platón.

—Ahora —dije—, permite que te represente mediante una figura hasta qué punto la naturaleza humana está ilustrada o permanece en la ignorancia. Imagina seres humanos viviendo en una morada subterránea en forma de caverna, cuya entrada se abre hacia la luz y se extiende a lo largo de toda la cueva. Allí han estado desde su infancia, con las piernas y el cuello encadenados de modo que no pueden moverse, ni girar la cabeza, y por tanto solo pueden mirar hacia adelante. La luz proviene de un fuego que arde a lo lejos, a sus espaldas y en una posición elevada. Entre el fuego y los prisioneros se encuentra un muro elevado, y a lo largo de este muro hay un parapeto, semejante a las mamparas que los titiriteros colocan frente a sí, sobre las cuales exhiben sus marionetas.

—Lo veo —dijo.

—¿Ves también —continué— que detrás del muro transitan personas que llevan todo tipo de objetos: figuras de hombres, de animales, y vasijas, todas hechas de madera, piedra o materiales diversos? Algunos de estos portadores van hablando; otros, en silencio.

—Extraña imagen me presentas —dijo—, y extraños prisioneros.

—Son semejantes a nosotros —repliqué—. ¿No es cierto que lo único que esos prisioneros ven son las sombras proyectadas en la pared que tienen frente a ellos? Sombras de sí mismos o de los objetos que los demás cargan, proyectadas por la luz del fuego.

—Así es —dijo—. ¿Cómo podrían ver otra cosa si no pueden girar la cabeza?

—¿Y no sucede lo mismo con los objetos transportados? Solo verían las sombras de esos objetos.

—Exactamente.

—Y si pudieran hablar entre sí, ¿no crees que asumirían que están nombrando las cosas mismas que ven frente a ellos?

—Sin duda.

—¿Y si la caverna produjera ecos que rebota-
ran desde la pared opuesta, no creerían que la voz que escuchan proviene de la sombra que ven pasar?

—Por supuesto que sí.

—Para ellos, la verdad no sería otra cosa que las sombras de las imágenes.

—Evidentemente.

—Ahora bien, considera lo que sucedería si alguno de estos prisioneros fuera liberado y se le obligara a ponerse de pie, girar el cuello, caminar y mirar hacia la luz. Sentiría dolor, el resplandor lo perturbaría, y sería incapaz de ver los objetos

cuya sombra antes contemplaba. Y si alguien le dijera que lo que antes veía no era real, sino una ilusión, y que ahora, estando más próximo al ser, su visión se ha vuelto más clara, ¿qué respondería? ¿No estaría confundido? ¿No consideraría más veraces las sombras que solía observar que los objetos que ahora se le muestran?

—Las consideraría mucho más veraces.

—Y si se le forzara a mirar directamente la luz, ¿no sentiría dolor en los ojos y buscaría apartarse, refugiándose en lo que sí puede ver con claridad? ¿No creería que esas imágenes son más reales que aquello que lo deslumbra?

—Sí, es natural que así ocurra.

—Y si se lo arrastrara con violencia por un sendero escarpado, hasta ser conducido a la presencia misma del sol, ¿no estaría profundamente irritado? Al acercarse a la luz, sus ojos se ofuscarían y no distinguiría nada de lo que ahora se le dice que es real.

—No de inmediato —concedió.

—Tendría que acostumbrarse gradualmente. Al principio distinguiría mejor las sombras, luego los reflejos de los hombres y de los objetos en el agua, y después los objetos mismos. Más adelante contemplaría la luz de la luna, de las estrellas y del cielo estrellado. Vería mejor el firmamento nocturno que el sol y su luz durante el día.